

CIENCIA OBSOLETA

Miquel Barceló

La ciencia puede y debe llegar a ser obsoleta. Se basa, precisamente, en la característica un tanto excepcional y novedosa de aceptar ser falsada. Para Karl Popper, sólo es ciencia el saber que elabora sus teorías de manera que otros puedan intentar demostrar que son falsas. La ciencia no tiene pretensiones de verdad absoluta y se conforma, muy humildemente, con ser una certeza provisional. No es poco.

El propio conocimiento científico evoluciona al concretarse y ampliar el campo de aplicación de las teorías. Por ejemplo, la relatividad de Einstein incluye (a bajas velocidades) la mecánica newtoniana que pasa a ser válida y operativa sólo en un reducido ámbito de velocidades, llegando así a ser, de alguna forma, un subconjunto de la mecánica einsteniana.

En astronomía se creyeron muchas cosas que luego se ha demostrado que no eran ciertas. Desde una Tierra plana a un universo con todo, planetas, sol y estrellas, girando en torno a una Tierra que, durante muchos siglos, fue el centro del universo. Ésa era una visión científica del universo que, hoy, ha quedado obsoleta y ha sido superada por nuevas teorías.

Mucha ciencia ficción e incluso algunos buenos divulgadores científicos como Isaac Asimov han sufrido el desastroso efecto de este continuo actualizarse del conocimiento científico. En los años cincuenta, por ejemplo, Asimov optó por desarrollar una interesante iniciativa que bordea la divulgación científica aún manteniéndose en el seno de la ciencia ficción.

En esos años cincuenta se pusieron de moda en la ciencia ficción los llamados “juveniles”, es decir, libros orientados a un público juvenil. Asimov pensó en escribir una serie de novelas de aventuras ambientadas en distintos lugares del sistema solar para, de pasada, enseñar a los jóvenes (y, también, a los no tan jóvenes...) lo que entonces se sabía de los planetas del sistema solar.

Se trata de la serie de seis libros de aventuras protagonizados por David Starr, enseguida conocido como “Lucky” Starr, un *ranger* del espacio que vivía todo tipo de aventuras en Mercurio, Venus, Marte, el cinturón de asteroides, las lunas de Júpiter y los anillos de Saturno. Cuando se publicaron por primera vez, entre 1952 y 1958, iban firmados con el seudónimo Paul French (literalmente “Pablo Francés”), y en muchos lugares, como en España, se publicaron en colecciones destinadas a un público adulto, como ocurrió en 1957 al aparecer LUCKY STARR Y EL GRAN SOL DE MERCURIO como número 43 de la colección Nebulae, (ver la primera ilustración).

Pero “las ciencias adelantan que es una barbaridad” como ya nos decía la zarzuela. En pocos años, las sondas aerospaciales y nuevas investigaciones astronómicas llevaron a un mayor conocimiento de los planetas del sistema solar, lo que hizo realmente obsoletas las condiciones de entorno en las que se desarrollaban algunas de las aventuras de Lucky Starr.

En los años setenta, aprovechando el tirón del ya muy establecido y famoso nombre de Asimov, los editores quisieron reeditar esas novelas protagonizadas por Lucky Starr, pero los nuevos conocimientos científicos convertían en engañosa lo que, sólo quince años antes, había sido honesta divulgación científica. Afortunadamente, las portadas de la nueva edición ya se dirigían claramente al público adolescente y juvenil (ver segunda ilustración).

Asimov optó entonces por incluir en algunos libros (los dedicados a Mercurio, Venus y Marte) una brevísima introducción en la que explicaba que el saber astronómico sobre esos planetas había cambiado: Mercurio no tenía una cara expuesta siempre al Sol como se creía sino que rotaba cada 58 días; Venus no estaba formada por océanos como se creía erróneamente por culpa de su espesa atmósfera de nubes; y la atmósfera de Marte era mucho menos densa de lo que se creía en los años cincuenta.

Correcciones imprescindibles si los libros debían seguir cumpliendo ese cometido de “instruir deleitando” que tanto gustaba al Dr. Ing. Miguel Masrierra director de la colección Nebulae en su primer etapa.

Y ésa, en el fondo, es la mayor grandeza de la ciencia: aceptar la posibilidad de ser falsada. *Quot erat demonstrandum.*